

familia es la unidad social más estrechamente relacionada con la supervivencia y el bienestar humanos, y donde la vida comunitaria se traduce a términos concretos.

Ahora bien, ¿qué se entiende por manejo del hogar en esta concepción funcional del mejoramiento del hogar? Aquí la autora establece como tal el proceso que rige la relación entre la familia o grupo doméstico y su medio ambiente físico, socioeconómico y cultural. Proceso que consiste en el conjunto de actividades, prácticas, decisiones, organización y ejecución de tareas que se realiza al convertir los recursos en productos y servicios para satisfacer las necesidades y deseos de los miembros de la familia. En resúmenes cuentas, manejo del hogar es el proceso de "utilizar lo que se tiene para lograr lo que se quiere".

Y es sobre este conjunto de actividades sobre el que el mejoramiento del hogar puede y debe influir. El tiempo que la mujer campesina emplea en sus quehaceres domésticos raramente hace parte de las consideraciones de los programas de desarrollo, entre otras cosas porque ese tiempo tiende a ser evaluado en términos económicos convencionales en los cuales tiene escasa importancia. Sin embargo, hay una nueva corriente de economistas que trata de evaluar lo que la ciencia económica ha descuidado, o sea las actividades intrafamiliares no remuneradas. La *New Home Economics*, como se le conoce, toma en cuenta no sólo la tecnología y los materiales domésticos sino también el tiempo que se emplea en la producción de "satisfactores" dentro del hogar; examina cómo a través de la práctica, la formación y los cambios en el uso de tecnologías se modifica el valor del tiempo humano empleado en estas actividades, y analiza cómo estas pueden convertirse en actividades remuneradas.

Lógicamente, esta corriente tiene implicaciones directas sobre el mejoramiento del hogar que cuenta con instrumentos para producir las modificaciones deseadas en el uso del tiempo del ama de casa y para aumentar su valor en cuanto producción de satisfactores humanos y rendimiento económico por medio de tecnologías domésticas. Al modificar el uso del tiempo en los procesos del manejo del hogar, la economía del hogar influye directamente sobre las posibilidades de participación más amplia de la familia en otras esferas.

A mas de señalar el marco conceptual del nuevo enfoque, había que diseñar el instrumento de investigación apto para captar en forma cuantitativa la información que exige tanto el nuevo enfoque como la necesaria tarea de evaluación de los programas: el cuestionario para recabar información, que constituye uno de los apéndices del libro.

El instrumento, probado repetidas veces en varios países latinoamericanos donde Eleonora Cebotarev contó con el apoyo eficiente de sus colegas, fue sometido a los cambios necesarios para llegar a la versión final. Su cuidadoso diseño permite detectar problemas relacionados con el empleo de las tecnologías de hogar, proporcionar información sobre el uso del tiempo y la energía del ama de casa rural, y dar una idea general sobre los patrones de actividades dentro de la familia. Además de los datos demográficos y económicos que generalmente se requieren para este tipo de trabajo, el cuestionario incluye también escalas que permiten medir cambios en la unidad familiar.

El énfasis de la monografía no está en la presentación de una concepción rígida del mejoramiento del hogar o de una metodología inalterable, sino en la creación de un interés y una conciencia entre las educadoras del hogar sobre las ventajas de la claridad conceptual y el empleo de procedimientos sistemáticos para orientar y fortalecer sus actividades concretas en el campo. El propósito es clarificar aspectos singularmente importantes de esta área de estudio y acción, proponer un marco conceptual explícito, y presentar una metodología de investigación que pueda ser empleada por el personal de campo en sus trabajos de planificación y en la evaluación de sus propios programas.

El aspecto más importante del libro es, sin lugar a dudas, subrayar el valor de las tecnologías domésticas, no sólo como instrumento para mejorar los bienes y servicios producidos dentro del hogar sino como fuerza liberadora de la mujer. La relación que plantea entre las tecnologías domésticas, la economía de tiempo y energía, y los papeles tradicionales de la mujer, es la que podría convertir al mejoramiento del hogar en un factor dinámico y positivo para el desarrollo en América Latina.

Pero el éxito de la estrategia planteada dependerá, finalmente, de tres factores. El reconocimiento por parte de la familia rural de la posibilidad de actuar e influir sobre la resolución de problemas; la motivación para actuar; y la adopción del procedimiento mejorado o la tecnología doméstica que libera tiempo y energía para nuevas actividades.

La experiencia indica que el énfasis sobre la economía de tiempo y energía en los esfuerzos debe ir acompañado de orientaciones sobre usos alternativos de este tiempo y esta energía así liberados. Sin esta orientación, pocas mujeres se muestran inclinadas a explorar innovaciones. □

Stella R. de Feferbaum es editora del CIID Informa.

Mujeres africanas

NO HAY DESARROLLO SIN SU PARTICIPACION

Jean-Marc Fleury



Foto: Neill McKee

En Africa Occidental una familia promedio consume 5 kilos de grano al día, un ama de casa sólo puede moler 2 por hora y esta es apenas una de sus ocupaciones diarias.

Marie-Angélique Savané recuerda cómo los expertos llegaron a su pueblo para enseñar a los hombres a sembrar arroz. El único problema era que, en la región Casamance de Senegal, son las mujeres, no los hombres, quienes generalmente trabajan en los campos de arroz.

Hoy día la señora Savané desea entenderse con la situación que la hizo sonreír cuando niña, y dedica todo su tiempo a mejorar la condición de las mujeres en África. En Senegal y en varios otros países del África francófona, la gente la detiene en la calle al reconocerla como la editora en jefe de la revista *Famille et Développement* de África Occidental. Pero Marie-Angélique Savané ya no está vinculada a esta conocida publicación educativa; ella es ahora la presidenta de la Asociación de Mujeres Africanas para la Investigación en Desarrollo (AFARD), una organización cuyos miembros luchan por involucrar mucho más a las mujeres africanas en el proceso de desarrollo.

Una de las principales preocupaciones de la señora Savané es el efecto de la modernización agrícola en las mujeres. "Las nuevas máquinas, dice, son usadas principalmente en los cultivos de exportación. Gracias a la mecanización, el área dedicada a estos cultivos está en aumento". Aun así, las mujeres, responsables de cultivar los pequeños campos que producen el alimento para sus familias, continúan usando implementos tradicionales y rudimentarios. "Cuando, además, ellas deben ayudar a los hombres en los campos más extensos, su trabajo se ve doblado e incluso triplicado", añade la señora Savané, "y puesto que los cultivos de pancoger continúan siendo una responsabilidad casi exclusiva de la mujer, la modernización agrícola las lleva a descuidar sus propios campos". En países donde existen grandes plantaciones, como en Costa de Marfil, esta situación es aun más seria porque, como lo señala la señora Savané, las mujeres que ayudan a los hombres en las plantaciones deben trabajar sus propios campos solas.

El hecho de que el marido pueda contar con el trabajo no remunerado de su esposa —o esposas— para alimentarlo a él y a sus hijos tiene consecuencias económicas que la presidenta de AFARD ha estudiado con atención. Ella explica: "El precio de un kilo de maní vendido para exportación no se establece de acuerdo a lo necesario para mantener la familia del trabajador. En los países desarrollados, el empleador debe pagar salarios que sean suficientes no sólo para las necesidades propias del trabajador, sino para las de su familia. En los países del Tercer Mundo, el costo de mantenimiento de la fuerza de trabajo no se incluye en los costos de producción porque las mujeres producen el alimento para toda la familia. De allí que

los productos agrícolas dejan ganancias muy altas para quienes comercian con ellos". Esta situación existe en muchos países en desarrollo. En Filipinas, por ejemplo, los estudios han mostrado que el 70% de las mujeres que trabajan en las fincas no reciben salario.

La mujer africana no solamente juega un papel primordial en la producción de alimentos: ella también es a menudo responsable por el almacenamiento y el procesamiento de los granos y las leguminosas. Su papel en el proceso postcosecha es particularmente claro en la etapa de la molienda del grano, pesada tarea que requiere largas horas de trabajo. Una familia consume aproximadamente cinco kilos de grano al día, y una mujer sólo puede moler cerca de dos kilos por hora.

Como muchas mujeres tienen derecho a usar el ingreso obtenido de su "excedente" agrícola en la forma que lo consideren conveniente —incluso si tal ingreso también se destina finalmente a salvar las necesidades familiares— se les ha estimulado para aumentar su producción. Las mujeres aldeanas han coordinado sus esfuerzos para sembrar más vegetales con destino a su venta en los pueblos y ciudades. Muchas han invertido sus escasos recursos en herramientas, semillas y fertilizantes, y algunas han encaminado sus esfuerzos hacia la obtención de más agua para sus cultivos. Desafortunadamente, fue sólo después de la cosecha que muchas se dieron cuenta de que no contaban con medios para transportar estos perecederos productos al mercado. Su trabajo había sido en vano. Según la señora Savané, otras mujeres construyeron gallineros, pero como ello doblaba sus necesidades de agua, al final obtuvieron muy baja o ninguna ganancia. Ella comenta estas experiencias y muchas otras a los grupos de mujeres con que se reúne para infundirles más previsión en la organización de sus actividades y evitar que se emprendan proyectos ilusorios que solo aumentarán su carga de trabajo.

Sin embargo, hay formas prácticas de ayudar a las mujeres agricultoras. La exhaustiva labor de moler el mijo, por ejemplo, puede hacerse mecánicamente aunque ello implique obtener la cooperación comunitaria total cuando se introduce el molidor. Un molino grande puede producir demasiada harina, y las mujeres tendrían que resolver el problema de almacenamiento. El molino también pone término a una importante actividad social —la reunión diaria de las mujeres alrededor de los morteros—. Pero, de otra parte, el tiempo así ganado puede dedicarse a otros propósitos útiles. La instalación de sistemas de pozos y suministro de agua acabaría con la pesada tarea de cargar el agua y, según la mayoría de las mujeres encuestadas, resultaría en un aumento

de la producción de vegetales mercadeables. De nuevo, en este caso, al introducir el equipo hay que hacerlo de forma que la comunidad asuma responsabilidad por su mantenimiento y limpieza.

La determinación de las mujeres africanas y su voluntad son incuestionables: ellas alimentan a todo el continente. Su situación ha movido varias organizaciones nacionales e internacionales en su ayuda. Y si mucha de esta ayuda ha fracasado, dice la señora Savané, la razón es que a menudo las organizaciones han respondido a solicitudes hechas por mujeres acomodadas. En otros casos los programas han querido responder a proyectos no realistas. La señora Savané menciona, como ejemplo, los programas de alfabetización solicitados con la convicción de que "aprendiendo a escribir se obtendrían automáticamente empleos oficiales".

Si realmente queremos ayudar a las mujeres africanas, explica la señora Savané, debemos comenzar por financiar proyectos que hagan más fácil su tarea diaria: instalar molinos, perforar pozos, organizar centros de cuidado infantil, y proporcionarles herramientas agrícolas y carritos sencillos para el acarreo del agua. Los programas de ayuda a la mujer deben ser canalizados totalmente a través de las estructuras existentes, ya sean las trabajadoras rurales, como en Senegal, o las asociaciones femeninas locales existentes en casi todas partes. En Dakar, donde vive la señora Savané, las mujeres crearon unos fondos comunes llamados "tontines" que sirven para hacer un presente a un miembro del grupo, o ayudar a aquellas que están enfermas, o comprar implementos esenciales. Las estructuras existentes de este tipo ofrecen las formas más fáciles y prácticas de emprender proyectos tales como los centros diurnos de atención, o los programas de producción agrícola o artesanal.

La presidenta de AFARD sostiene que mientras la condición misma de las mujeres africanas justifica programas de asistencia diseñados específicamente para ellas, el gran papel que ellas desempeñan en áreas claves como la agricultura, la producción de alimentos, la salud y el control de la población les otorga el derecho a ser socios integrales en los esfuerzos de desarrollo. En las áreas rurales, concretamente, es utópico hablar de desarrollo sin involucrar a la mujer. "Con todo el respeto debido a los expertos, dice Marie-Angélique Savané, aumentar la producción de cultivos alimenticios depende de las mujeres". □

Jean-Marc Fleury es escritor de ciencia en la División de Comunicaciones del CIID.